dísimo canónigo Leduc que viaja por Egipto, Siria y Palestina, con el objeto de conocer los lugares que tienen relacion con la Sagrada Escritura y con el pueblo hebreo, de cuya lengua es profesor en el seminario de Tours, su patria.

He querido trascribiros aquí los precedentes testimonios, don precioso de la divina Providencia con que manifiesta las obras de sus humildes siervos, para que el mundo sepa que hay todavía en la tierra almas nobles que saben honrar la virtud, ser benignos admiradores de ella, reverenciándola en cualquier parte donde se halle, y bajo cualquier forma que se presente.

Conversion de los armenios cismáticos de Adana en el año de 1849.

Adana, ciudad del Asia menor, en la Caramania, está situada á sesenta leguas al S. E. de Honniech (la Jonia,) y diez millas al N. E. de Tarsis, entre los 32° 15′ de longitud y casi 37° de latitud. Su poblacion es de 6.000 habitantes segun Maltebro, y de 30.000 segun Balbi; mas no pudiendo yo conciliar estos dos números cuya diferencia es tan enorme, me inclino á creer que debe haber algun error de imprenta en las obras de estos ilustres geógrafos.

La ciudad es atravesada por un rio que lleva su mismo nombre, y se hace en ella un notable comercio en vino y cereales de toda especie. La mayor parte de sus moradores se postran ó se encorvan delante de la luna, teniendo entre sus manos el libro del estúpido Mahoma; y otros, contaminados con la heregía de Jacobo, monge sirio, y defensores suyos, conocidos hoy bajo el nombre de armenios con alguna variedad, son enemigos acérrimos del Concilio cuarto Ecuménico ó de Calcedonia.

Los turcos tramaron una conspiracion tan culpable como horrible, por los funestísimos resultados que debian ser su consecuencia, contra los pocos católicos, los europeos y algunos otros extrangeros que hacian su comercio en los meses de Julio, Agosto y Setiembre del año pasado. Habiendo podido saberlo secretamente el obispo armenio cismático, movido de piedad, trató de sustraer las víctimas á sus verdugos escondiéndolas en su propia iglesia; pero no pudo conseguirlo sin que dejasen de suceder casos lastimosos, porque los turcos, variando de parecer, hicieron tomar parte en la conjuracion á un gran número de armenios cismáticos. Dos de estos desgraciados, poniéndose á la cabeza del pueblo, hicieron volver la conjuracion contra su propio obispo, lo destituyeron de su dignidad episcopal, y pusieron en su lugar un intruso. Irritados los espíritus de los otros armenios que no habian querido tomar parte en la conjuracion, por la escandalosa osadía obrada contra su obispo, se declararon en su favor formando campo aparte, y de este modo, la ciudad quedó entregada al mayor desórden y hecha presa de los mal intencionados y de la gente perdida. Frenéticos los turcos, aumentada su audacia con esta division de partidos, se arroja en medio de la ciudad con el grueso de los demas conjurados, y atacan la multitud, espada en mano, derramando por todas partes el espanto, la desolacion y la muerte, degollando sin piedad cuantos encuentran; y robando y saqueando. ¡Horroroso espectáculo, cuya sola memoria me contrista y me hace venir al pensamiento la horrenda carnicería de los pasados tiempos, representándome tantas víctimas de nuestros hermanos religiosos degollados y hechos mil pedazos por la cimitarra otomana, sedienta siempre de la sangre cristiana! sí, ¡sedienta siempre de nuestra sangre! Porque aun cuando el turco haya cambiado de suerte, no ha perdido por eso la costumbre de anhelar los estragos y de bañarse en sangre; y si por

algun tiempo deja enmohecer el alfanje en la vaina, es porque se ve obligado á hacerlo así por el poder de Europa, que cual pesadísima cadena le sujeta el cuello y aprisiona las manos, sin poder jamas romperla ni despedezarla, á pesar de los impotentes esfuerzos que hace para lograrlo.

Consternadísimas en extremo y muy próximas á ser pasadas á cuchillo, las 400 familias que se pusieron de parte del obispo, no quisieron volver á oir hablar mas de cisma, y sin otra dilacion invocaron la proteccion de Francia. El cónsul francés en Alepo, á quien fué dirigido el mensage, considerado el caso y viendo el peligro extremo en que los suplicantes se encontraban y sus bellas disposiciones, mandó inmediatamente á aquellos lugares una persona idónea que lo representase oficialmente, y garantizase y protegiese la seguridad de los peticionarios, y eligió á nuestro padre guardian de la Tierra Santa en Alepo, para que los recibiese en el seno de nuestra santa madre la Iglesia católica. Me es fácil el hacerle conocer los ópimos frutos que ha producido esta mision, con solo trascribirle sucintamente, como voy á hacerlo, la correspondencia que ha mediado entre dicho padre guardian y yo acerca de este asunto, y la cual dice así:

"Continúan las conversiones de los armenios, segun le tengo dicho y dado á " conocer en mis anteriores: hasta ahora el número de las familias convertidas " asciende á 173, que formarán como unos 700 individuos. Los sublevados cis- " máticos que se muestran arrepentidos, aunque demasiado tarde, tientan lo im- " posible haciendo todos los esfuerzos imaginables para volver á sumir á los " neófitos recien convertidos en sus antiguos errores. Uno de sus doctores que " ha venido de Constantinopla expresamente, predica, disputa, bufa como un " energúmeno, hace mil promesas, rabia, patea y amenaza, y no deja, en fin, " sin ensayar ninguna prueba; pero, ¡inútiles esfuerzos! todo cuanto hace es en " vano, y se torna en vergüenza suya y de sus rebeldes prosélitos. Una expe- " riencia constante nos asegura que cuando el armenio, y particularmente si per- " tenece al estado lego, ha abjurado una vez sus errores y abandonado el cis- " ma, se mantiene siempre firme en su nueva creencia y nunca vuelve á aque- " llos: constancia y firmeza que falta muy á menudo en los griegos. Estos no " van á buscar la verdad en la religion, y si profesan la verdadera, ó si la abra- " zan, la juegan y abandonan por un vil interés; en una palabra, para decirlo to- " do de una vez, los griegos cismáticos hacen de la religion una especulacion " nefanda y un impío comercio.

"Esta mies tan copiosa en tan cortos dias, le abandonaré dentro de poco pa- " ra confiarla á los armenios católicos del Líbano que han llegado ya á tomar " posesion de ella. El camino está ya abierto, y yo estoy en extremo conten- " to de haber sido el primero que lo ha tentado en nombre de nuestra cara Tier- " ra Santa; las mayores dificultades se hallan ya vencidas, y todas las cosas pre- " paradas para dar frutos copiosísimos. Entre tanto, no dejemos de rogar al " Eterno con fervientes oraciones que se digne iluminar á los desgraciados que " continúan en el cisma, y conceder el don de la perseverancia á los nuevos hi- " juelos de la santa madre Iglesia. Si, como tengo firme esperanza de ello, se " pudiese ver florecer de nuevo el catolicismo en las antiguas sedes de Licia, " Panfilia, Cilicia y Capadocia, ¡cuánto no ganaria la Iglesia, y cuán grande se- " ria el esplendor de nuestra mision! ¡de nuestra mision! la cual, conforme siem- " pre con su espíritu, no se ha rehusado jamas á ninguna clase de fatigas; quie- " ro decir, que pronta y resuelta ha entrado siempre en el campo evangélico, " ha combatido y ha vencido; ha sembrado y ha recogido; y cuando la mies ha " llegado á madurez, la ha cedido, salva é incólume, á los diferentes ritos católicos. Si allá en el Cairo, si en Alepo, Damasco, Nazaret, Jerusalen y Ja-

" ffa; si los griegos melquitos, si los armenios y maronitas tienen en el dia un
" numeroso rebaño, á nuestra mision lo deben, pues ella se lo ha preservado á
" través de los calamitosos y bárbaros tiempos, devolviéndoselo aumentado en
" los dias de paz y de sosiego. En fin, si el Líbano ha permanecido católico,
" lo debe á la sangre de nuestros misioneros. Por lo tanto, así como Adana no
" ha sido la primera, tampoco será la última de nuestras glorias. ¡Que el Dios
" de las misericordias nos conceda un auxilio abundante con que poder consu-
" mar sus obras!"

Aquí concluye la correspondencia del padre guardian: cartas posteriores que he recibido me anuncian la consoladora noticia que las conversiones continuaban, y que aun muchos individuos del clero cismático estaban resueltos á hacer la abjuracion de sus errores.

La capilla ó escuela de música en Jerusalen.

El pueblo romano, segun Horacio que lo ha escrito, despues de la conquista de Grecia, quedó él mismo hecho presa del vencido, porque habiéndose introducido en el Lacio las melodías dóricas y las demas artes griegas, depuso su ferocidad y el furor marcial de que estaba animado, haciéndose susceptible de mas humanos sentimientos. La Grecia misma es deudora á la música de su nacimiento, de su civilizacion y de sus dulces costumbres, á cuyos hechos aluden las fábulas ó ficciones de Anfion, de Arion y de Orfeo. El pueblo de Dios, el primero de todos los pueblos en civilizarse, recibió tambien su impulso de la música. Moisés eternizó el milagro del paso por medio del Eritreo con el cántico soberano *Cantemus Domino;* y Débora, igualmente la victoria obtenida por los israelitas contra el general Sísara. Mientras que el gentilismo prostituia esta bella arte empleándola para cantar las torpezas de sus dioses y de sus héroes, el pueblo de Israel la consagraba á las alabanzas del verdadero Númen. El cantor inspirado, David, compuso en esta tan floreciente Sion en otro tiempo, el celebérrimo coro de los cantores; por cuyas razones me inclino á creer que la armonía del canto es una obra acepta á Dios. "Bajo el reinado de este santo
" rey, dice el Illmo. Martini, Asaph, Heman é Idithum eran los gefes de los
" cantores, ó como decimos nosotros, los maestros de capilla, los cuales, en
" union con sus hijos, dirigian la grande escuadra de músicos, cuya orquesta
" tenia por epígrafe aquel versículo primero del *Salmo* XXXIII: Bendeciré al
" Señor en todo tiempo; sus alabanzas estarán siempre en mi boca." Este piadoso rey compuso tambien aquella poesía sublime y divina en todo; esto es, los Salmos, los cuales, bien que fuesen cantados simplemente, ó acompañados del arpa judía, hacian las delicias del pueblo en Jerusalen, y eran las alabanzas mas magníficas que pudiesen tributarse al Señor. Introducidos estos Salmos en la Iglesia para el culto, cantados ó recitados por nosotros, entramos á la parte del divino ministerio de los ciudadanos del cielo, haciéndonos casi sus iguales y semejantes.

Pero cesó toda alegría en Jerusalen desde el dia en que el pueblo de Israel se vió entregado entre las manos de sus enemigos, de las que no debia ya verse libre; entonces, como en la Roma subterránea de otros tiempos, no se volvieron á cantar las alabanzas á Dios durante bastantes siglos, sino en medio del mas profundo secreto, del temor, de las tinieblas, y entre la tiranía y el menosprecio del otomano impune.

En estos dias de paz y de tranquilidad, ¿no produciria un bien inmenso el volver á introducir la música en aquellos lugares donde tuvo antes su asiento? Sin duda alguna, este seria un medio que ayudaria á aprovecharse de las ocasiones oportunas y favorables que, si una vez se desperdician, no suelen volver jamas. Nuestro pensamiento y el fin á que tienden todas nuestras fatigas, es á introducir otras buenas y útiles instituciones juntamente con la música, [1] bajo la firme persuasion en que estamos de que la música ocupa un puesto bastante elevado en el sistema de la civilizacion, y es un medio muy conducente para la educacion. El cielo nos ha favorecido con un maestro de capilla, en la persona del reverendo padre Fr. Santiago Radó, [2] nombre grato y querido á una no pequeña porcion de ciudadanos barceloneses; nombre estimado y reverenciado tambien en Italia, sobre todo en la Umbría, en donde existen todavía las pruebas de su talento musical y de su celo en el apostólico ministerio. Adornado de todas las cualidades necesarias para el desempeño de este hábil empleo, es ademas, paciente y lleno de buena voluntad. Tan luego como llegó aquí, hará como cosa de un año, se dedicó inmediatamente y de propósito á formar discípulos religiosos y seglares, de los que hay un número crecido; lo que nos hace creer que la música es del agrado universal en el pais. Los orientales, asegura este profesor, están dotados mas que ningunos otros de aquellos dones ó cualidades que se juzgan indispensables para hacer progresos en el canto y afinacion, y poseen una justeza maravillosa en el oido. Desde hace tres meses estamos gustando, con el mayor placer del mundo, las primicias de estos prematuros frutos, oyendo cantar tan bien á estos infantes, cuyas tiernas vocecitas me traen á la imaginacion el agradable y alegre coro de los párvulos, de Sion, de los que he hablado mas arriba. Y para prueba de que esto sea verdadero, apelo al testimonio de cuantos nobles señores, así de Europa como de otras partes, han venido aquí de peregrinos, los cuales escucharon las dulces lamentaciones de Jeremías puestas en música, y cantadas durante la Semana Santa, de la que voy ahora á hacerle una breve reseña.

La Semana Santa del año de gracia de 1850 en Jerusalen.

La domínica de las Palmas, ó por otro nombre el domingo de Ramos, el martes, miércoles, jueves, viernes y sábado santos, fueron celebrados los divinos oficios segun el uso acostumbrado, así como el solemnísimo dia de Pascua. Nuetro reverendísimo padre guardian es el que ha oficiado siempre y asistido á los demas divinos oficios con las dos comunidades religiosas de San Salvador y del Santo Sepulcro. Segun confesion de todos, este año ha pasado algo de extraordinario en la celebracion de los santos oficios de la Semana Santa, pues aunque los cismáticos griegos, y los armenios hiciesen ruido, no era, sin embargo, aquel estrepitoso alboroto de los otros años, y aun habia entre nosotros quienes de-

1 Hablo aquí de una música capaz de añadir magestad y alegría al culto católico; de una música que, segun Clemente Alejandrino, debe ser séria, grave y devota, digna en un todo de aquel que quiere ser servido con reverencia, con temblor y temor. Una música que carezca de semejantes requisitos, introduce la inmoralidad en los hombres y es mas perjudicial y nociva que la peste misma.

2 El padre Santiago Radó, músico consumado, de santas y puras costumbres y persona de talento, ha dado á luz, no hace mucho, una obrita *Sobre la utilidad y la práctica de la oracion mental*, cuya obra quisiera se hallase traducida en todas las lenguas, y que fuese leida por aquellas personas que desean hacer progresos en el camino de la perfeccion.

cian: Estamos en una calma perfecta.[1] El martes por la mañana se celebraron los divinos oficios en la iglesia de la Flagelacion.[2] El miércoles, en la gruta en donde Jesucristo sudó sangre, que se halla situada á la falda del monte Olivete y á corta distancia del huerto de los Olivos. Este mismo dia por la tarde, al dar principio á las profecías de Jeremías, se vió una orquesta preparada en la nave del coro delante del Santísimo Sepulcro, compuesta de un piano-forte en medio, á cuyo alrededor se agrupaban los cantores, cuatro tenores, dos bajos y un niño de coro, que solo hacia el eco. Así la música como los cantores, todo era de la composicion y obra del padre Santiago. Las profecías fueron cantadas con tanta gracia, con tanto arte y pericia, que imposible seria pedir mas; y sin exagerar en lo mas mínimo, y solo en honor de la verdad, confesaré que, al sonido, al canto de la música, reflexionando que me hallaba en Jerusalen mismo y en el Santo Sepulcro, me conmoví de tal manera, que aun cuando quisiera, me seria imposible el poder explicar ni definir toda la ternura que sentí, cuyos mismos efectos advertí en todos los demas circunstantes. Al ver tan bien expresados por la música aquellos sentimientos de desolacion, de opresion y de amargura; aquellas aflicciones y congojas de la desventurada ciudad deicida!. . . .Al sentir su terror y desconsuelo. . . .al ver la ira de Dios que así la humilla, la sumerge en el fango, la desmenuza y la dispersa cual polvo, al leve soplo del viento, entregándola á manos extrangeras. . . .la consideracion de este diluvio de males mezclada con lo patético del canto y de la música, de tal modo me oprimió el corazon, que no pude menos de romper en llanto, diciéndome muchas veces: y ¿si por esto no lloras, por qué otra cosa llorarás?. . . .Habia varios momentos en que mi imaginacion, fuertemente impresionada, me representaba la sombra del desconsolado Jeremías, vagando por el lúgubre recinto del templo, y derramando nuevas y amargas lágrimas con un triste placer, al canto de sus lamentaciones, sobre la triste suerte de su amada patria, y volviéndose hácia ella, me parecia que le oia decir con el intenso amor de un hijo apasionado: "¡Jerusalen! ¡Jerusalen! conviértete, y vuélvete á tu Señor!"

El Jueves Santo como á cosa de las once la mañana, los ilustrísimos señores cónsules de Francia y Austria, los religiosos, los europeos y una porcion de católicos de la ciudad en número de mas de 400 entre todos, recibieron la santa comunion de manos de nuestro reverendísimo padre, el cual celebraba de pontifical. Continuada la funcion con órden y tranquilidad, y despues de haberse entonado de tiempo en tiempo, durante la comunion, algunas estrofas en alabanza de la divina Eucaristía, se terminó de una manera bastante agradable, con recogimiento y devocion, habiendo pasado en seguida á colocar el Santísimo en el mismo y verdadero sepulcro, cerrando despues las puertas de la basílica para no volverlas á abrir hasta pasadas veinticuatro horas.[3] Un crecido número de peregrinos se quedaron encerrados con nosotros. Trascurridos algunos instantes, nos sentamos á la pobre mesa preparada por los pobres franciscanos mendicantes, en un corredor largo, oscuro y húmedo en el piso llano. Es necesario conocer el convento del Santo Sepulcro para renunciar á toda idea de comodidad; pues esta cárcel, que estaba mucho peor en los tiempos pasados, ha sido la habitacion, durante muchos siglos, de nuestros pobres hermanos. El padre reverendísimo ocupaba en la mesa el primer lugar; en seguida el cónsul de Francia, y despues los forasteros, siendo los religiosos los últimos. Unos y otros comimos con una santa alegría. Mas siendo muchos los convidados, por necesidad teniamos que hallarnos incomodados, viéndonos precisados á quedarnos unos de pié, otros apoyados contra las paredes; mas sin embargo, ninguno se lamentó ni reclamó tal ó cual puesto que hubiese podido corresponderle por su dignidad ó clase, haciendo cada uno como ostentacion de humillarse. Esta comida me pareció una pintura ó representacion verdadera de las santas agapes. En efecto, el dia de Jueves Santo, celebrado á la inmediacion de la tumba de aquel dulcísimo Jesus que acabábamos de recibir poco antes, ni su humildad ni mansedumbre no debian ser profanadas con sentimientos de orgullo é irreverencia. ¡Así es, que el único pensamiento que nos ocupaba era, el de que solo Dios es grande, y nosotros nada mas que ceniza y polvo miserable!

Acabada la comida, formados de dos en dos, religiosos y peregrinos, pasamos á postrarnos ante el Santo Sepulcro para tributar acciones de gracias al supremo Dispensador de todo beneficio: en seguida, cada uno se dedicó á santificar en particular el resto de este preciosísimo dia, y cuando llegó la noche y hora de recogerse, á ninguno se le ocurrió el ir á tomar un cómodo descanso habiéndose acomodado cada cual indiferentemente, sin excluir nuestro reverendísimo, los unos sobre duros bancos, otros en sillas, quién en un rinconcillo, quién sobre el desnudo pavimento, y quién sobre un miserable colchoncillo, ó sobre unas esteras; siendo todo esto los regalados lechos de que podiamos disponer para acostarnos. ¡Dulces privaciones! ¡caros padecimientos! ¿pero qué valen todos estos en comparacion de aquellos que soportó por nosotros en este mismo lugar, con indecible amor y mansedumbre, nuestro Salvador amantísimo? Sin embargo, no pude menos de enternecerme al ver personas tan distinguidas, acostumbradas á todas las comodidades de la vida, quedarse contentas y satisfechas en medio de tanta estrechura y privaciones: tales fueron el Sr. Desnoyers, cónsul de Francia, el conde Boutourlino y su hijo Demetrio; el reverendísimo Leduc, canónigo de Tours; dos obispos nombrados del rito armenio; quince sacerdotes; los profesores Taller y Patterson; el caballero Cirilo y su familia; el Sr. José Fabbri y otros muchos que, por ser breve, no menciono. Ademas de todos estos, teniamos llena de gente la casa nueva; las dos posadas lo estaban igualmente, y otra multitud de personas se hallaban distribuidas por las casas particulares, venidas unas de América, otras de Europa, de la India, de Egipto, de Abisinia,[1] de Persia y del Asia menor.

A la una de la noche del Viernes Santo, tuvo lugar en el interior del Santo Sepulcro la procesion de Jesus muerto, arreglada en el órden siguiente: Un coro de niños cantores entonando los versículos del himno *Stabat Mater;* Jesucristo pendiente de la cruz, llevado este año por el reverendísimo Leduc, los piés descalzos; los legos regulares, los sacerdotes seculares y regulares con sobrepelliz y

1 Era tan grande el ruido que en los años anteriores hacian los cismáticos durante nuestras funciones, y mas particularmente en tiempo de Semana Santa, y los inconvenientes que de esto resultaban, que aun queriendo exagerar apenas podria decirse la verdad. En el año de 1847 faltó muy poco para que sobre el mismo Calvario, durante la procesion del Viernes Santo, no hubiesen sido víctimas de los traidores griegos cismáticos todos los religiosos. Este atentado, sin embargo, ni es el último, ni el primero, ni de los mas graves: otros muchos hay, mas serios y lastimosos, consignados en nuestros anales.

2 El lugar donde nuestro Señor Jesucristo fué azotado, ha estado en poder de los turcos y sirviendo de muladar hasta el año de 1838 en que los religiosos, en fuerza de infinitos pasos y diligencias, consiguieron el poder construir, sobre las ruinas de una antigua iglesia, otra nueva que es la que hay actualmente bastante linda y graciosa.

3 Esto se hace en virtud de un *firman* expedido á nuestro favor, en aquellos años en que la celebracion de la Pascua caiga en el tiempo mismo en que los cismáticos celebran la suya.

1 Recibimos peregrinos de Abisinia que se presentaron con carta de recomendacion del Sr. de Jacobis, cuyo tenor era el siguiente: "Justino de Jacobis, humilde siervo de los venerables padres, reco-
" mienda á su caridad religiosa á los portadores de la presente, como católicos y religiosos de buena
" vida y costumbres.
"Abisinia, 29 de Noviembre de 1849.—*J. de Jacobis,* vicario apostólico de Abisinia."